



# MILITARISMO E INSUMISION

Marie Laffranque (Toulouse)

Entre el 17 de septiembre y el 10 de octubre de 1993, en forma libre, auto-suficiente y autónoma (e incluso en contra de las censuras y represiones que eran de esperar por parte del Estado y las instituciones burguesas), bajo el título de Anarquismo: Exposición Internacional, se realizaron en Barcelona una amplia gama de acontecimientos libertarios (conferencias, presentaciones de libros, lecturas de poesía, teatro, danza, tocadas de rock, fiestas, pachangas y buen relajo anarcoloco), con grupos de España y de 28 países más.

En esos acontecimientos se hizo notar que el anarquismo y el feminismo son dos corrientes de acción política que han demostrado tener una gran flexibilidad teórica y práctica a lo largo de la historia; que, por ejemplo, son las bases fundamentales del actual ecologismo y la preocupación por el medio ambiente; y que por eso pueden considerarse como los impulsos contraculturales que ya desde siempre han trascendido el nihilismo. Dos corrientes que al unirse, se dijo, dejan volver a desear utopías, porque permiten convertirlas constantemente en realidades. Que el feminismo y el anarquismo posteriores al desastre de la segunda guerra mundial, demostraron precisamente tener una sorprendente capacidad de lucidez, cambiando sus formas de acción, el anarquismo al pasar de los caminos del terrorismo a los de la contracultura, patentizando que desde siempre era contracultural, y el feminismo ha venido aprendiendo a desprenderse de los

caminos de la política viril, también concentrándose cada vez más en la actividad contracultural.

En esta ocasión, de la sección de debates abiertos de la exposición anarquista de Barcelona, publicamos la ponencia de Marie Laffranque, un testimonio femenino de la actividad antimilitarista y el sentido de la insumisión contra los caprichos militares. Un conjunto de buenas razones y argumentos para actuar en contra de esta forma de violencia, la más terrible de todas: MILITARISMO.

Venimos con el deseo de hablar no a ustedes sino con ustedes. Y nos importa mucho compartir, intercambiar, escuchar, y aprender de esta sala. Por eso centramos el debate sobre la práctica más directamente ligada con nuestras propias vidas: la insumisión a lo militar. Y para no discutir a ciegas, empezamos con unas cuantas definiciones y diferencias.

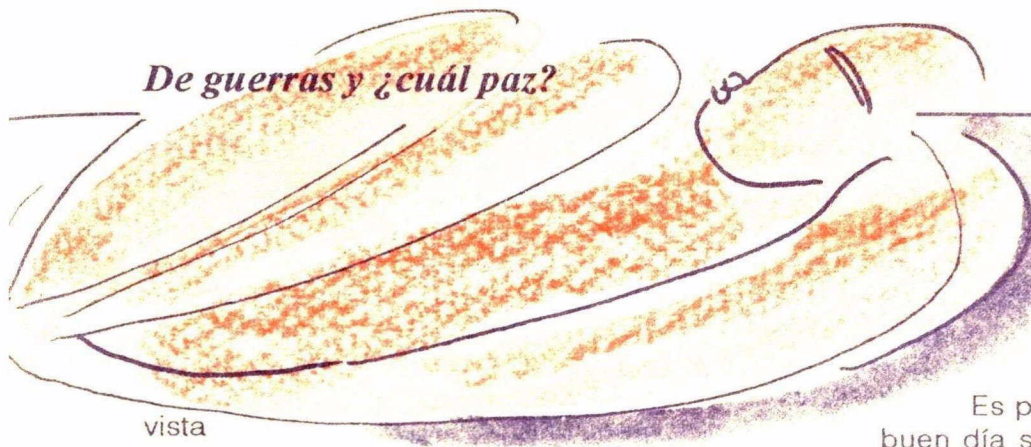
Digamos de una vez que el fin esencial del antimilitarismo es la desaparición de lo militar y más aún de su papel en nuestras sociedades.

El antimilitarismo, para nosotros, no es una actitud, tendencia o movimiento privativo del sexo masculino. Atañe tanto a las mujeres como a los hombres, aunque éstos a primera

(\*) Tomado del libro *Anarquismo: Exposición Internacional*, Debate Internacional, septiembre-octubre 1993, Barcelona.



## De guerras y ¿cuál paz?



vista  
parezcan encon-  
trarse en primera fila en cuanto a riesgos e inconvenientes se refiere. No es cuestión de edad, ni representa frente al servicio militar una postura para muchachos/as de 20 años y familias, sino que toca, y molesta o agrada, a todas las condiciones y edades de la vida. Una persona insumisa, en un momento dado, al servicio militar o al servicio sustitutivo tendrá otras mil insumisiones por hacer con el mismo fin, antes, después y mientras tanto, y de otras mil maneras.

Tampoco es una mera cuestión de momento histórico-social, ya que, si por desgracia los acontecimientos netamente bélicos o represivos son los que suelen engendrar las reacciones antimilitaristas más enérgicas y más llamativas, la evolución actual nos demuestra que cada día y en cualquier instante quedamos o podemos quedar apresados en la red de lo militar, o mejor dicho cara a cara con un sistema de relaciones sociales y mentalidades militaristas de forma cada vez más intensa y penetrante.

No se reduce a un problema de inaceptable e inmediata constricción a base de fuerzas uniformadas y medios materiales inconfundibles. No se limita a un cuestionamiento sobre las energías e instrumentos de una dominación física, militarmente instaurada e impuesta, pues el mismo militarismo se dirige por igual a los débiles y a los más fuertes, según el uso que de ellos se quiera hacer en una situación conflictiva global. Y

tampoco plantea un problema de mucho saber, de intelecto o intelectualidad, sino de mentalidad, cosa totalmente distinta. Ni de tecnicidad, porque la tecnología, bien situados estamos para ver sus consecuencias en cada etapa y aspecto de la vida actual, no es lo que más necesitamos ahora -quién sabe si al contrario-. El elemento teóricamente decisivo en esta corriente de acción y pensamiento tampoco es el dinero: de una ponencia anterior sacamos esta conclusión que el dinero, ideal, abstracto, pero represivo en la realidad de nuestras vidas, es de por sí un agente de coacción y destrucción en las personas y cosas que pretende sustituir o favorecer.

El antimilitarismo se enfrenta con lo militar de la manera más concreta, siempre y cuando hablemos de lo militar con todas sus reglas, dimensiones

e invenciones diversas, incluso en el dominio cultural (el de los juegos y artes, los deportes o la música, el de la enseñanza, de la formación corporal, profesional, sexual, etc.).

Es piedra de toque de la necesidad, que un buen día sentimos como nuestra, de la práctica consciente y progresiva de un cambio radical en el rumbo socio-político -lo llamamos a veces revolucionario-, y de unas relaciones inéditas y/o generalizadas entre grupos e individuos; lo que, dado el sitio y papel actual de la humanidad, también genera o induce otras relaciones distintas en el resto de la naturaleza, incluyendo al virus ignorado, a caballos, gusanos, árboles y planetas. Esta lista nada fantástica nos devuelve enseguida al mundo de lo militar más actual, desde la guerra biológica hasta la "de las estrellas", con su incontrolable séquito de técnicas, estructuras financieras, organismos gestionarios o administrativos, "recursos humanos" y resultados faltos de humanidad.

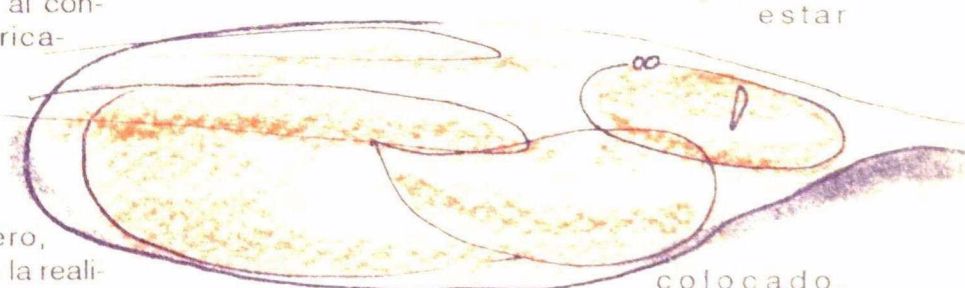
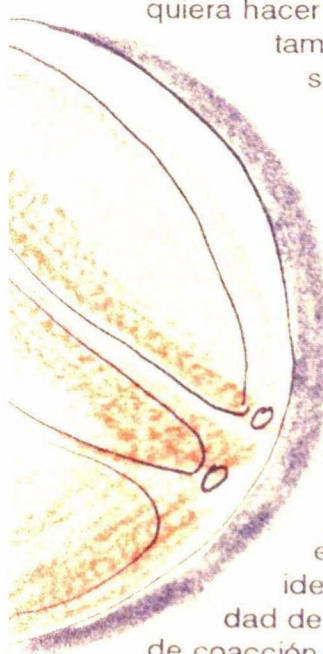
¿Será el antimilitarismo una nueva ideología, otro "ismo", otro sistema fijado, otro partidismo?

¿En qué sentido? ¿En qué medida?

Desciende a "ismo", paradójicamente, si viene a caer al rango y condición excluyente de bandera o de iglesia, muro de Berlín bienintencionado que separa lo de dentro de lo de fuera, aislando de los encarcelados los que desconocen sus propias cadenas. Autosatisfacción, atrincheramiento y desaire; esta ignorancia de lo otro, y por tanto de lo más nuestro, que es el mero principio de la guerra. El antimilitarismo no es "ismo" en cuanto se trate de una orientación contraria a todas esas tendencias e instituciones: escogida y decidida a conciencia, constante y coherente en los diversos aspectos de cada actuación constructiva aunque esa coherencia al degenerar pueda volverse exclusivismo y autoritarismo puro

Queremos abordar este fenómeno por dos lados distintos: desde su lógica interna y desde su evolución histórica en el presente, advirtiendo de antemano que básicamente no se limita ni al siglo XX, ni a la Modernidad.

La lógica del modo de ser que corresponde a la acción antimilitarista -manera de ser, y no de estar



colocado, encasillado en una postura y forma de acción-, esta lógica a los cuatro aquí presentes nos resulta global: no sólo se nos aparece ajena al sí o no de las armas, y de modo más fundamental al "obedece o muere", sino que levanta una oposición vital, men-





tal, orgánica a esa dicotomía rebelión contra el sí o no abstracto que rige los actuales sistemas de informática competitiva y guerrera, siendo desde siempre el del "¡niet!" implacable y del irreversible "¡adelante!" hacia la muerte propia o ajena. Representa una actitud común y colectiva a imagen de la realidad social con la que se enfrenta: lleva una lucha solidaria en todas sus formas y aspectos, en un sentido que de por sí excluye la imposición sin recurso de lo totalitario.

De hecho, si buscas el modo de relaciones que tenga menos dominación injustificada (político-social y mental), menos abuso (la explotación es por cierto una forma de abuso) del hombre por el hombre, pronto llegarás a excluir de raíz el máximo abuso e irrespeto del hombre por el hombre, que es el colodarte sin remedio conocido entre matar y ser matado, o con las dos cosas ya sistematizadas y obligatorias. También lo dijo Antonio Machado, tantas veces citado en estas jornadas: lo peor y lo menos admisible no es que le quiten a uno la vida, sino que le quiten su propia muerte. Esto sostienen, precisamente, los antimilitaristas en las circunstancias más diversas y variadas. Lo demuestra el que prefieran la incomodidad, el peligro, el castigo y sus consecuencias a vivir matando al prójimo. Lo ejemplifica la huelga de hambre consecuente y activa, lo expresa el ayuno en su plazo limitado, como lenguaje adecuado para decir: "Cuidado que es importante, más importante en este momento que comer y beber; aunque nos guste mucho y resulte vitalmente imprescindible comer y beber, con el ayuno como medio de automodificación (aunque no sea ésta la única manera de automodificarse) estamos buscando el centro, el meollo de la dificultad y por tanto del cambio por efectuar, empezando con lo que más tenemos a mano, lo más nuestro, que somos nosotros mismos". Y lo dice de otra manera, demasiado global, aquel suicidio que se responsabiliza de la propia muerte frente a lo que no se puede ni se quiere vivir.

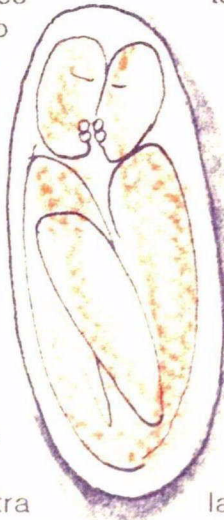
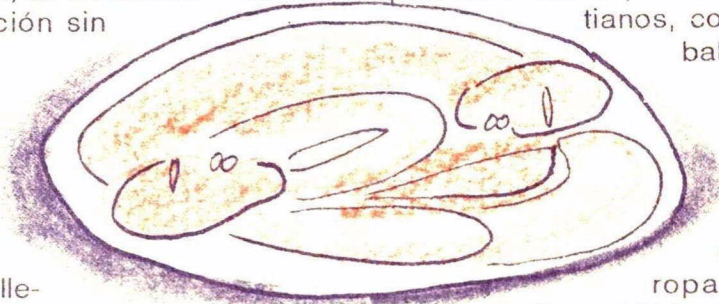
Pero hablaremos más bien de esta otra llamada, la del antimilitarismo activo: principio de otro movimiento en sentido opuesto dentro de un conflicto o en la perspectiva del mismo, en el enfrentamiento entre las fuerzas armadas o con ellas, o en la manera de prepararlo o quererlo evitar. La postura correspondiente apunta a una conducta que con etiqueta o sin ella -mucho mejor sin ella por no prestarse a un nuevo encasillamiento- llega sin remedio a ser, valga la palabra, no violenta, empiece donde empiece nuestra búsqueda para salir del callejón sin salida que es la ley del provecho, y más allá de esta regla pseudocientífica de corte capitalista, el derecho del más fuerte, y hasta el empleo de la llamada "fuerza del espíritu"; fuerza sumamente ambigua, cuyo promotor explícito y conocido fue en los albores del siglo XIX, Napoleón,

jefe militar y emperador de los franceses.

Precisamente, a finales del siglo XVIII y principios del XIX empieza la historia contemporánea de la conscripción obligatoria, la objeción de conciencia (religiosa o no religiosa) y la insumisión.

Anteriormente, después de la mítica desobediencia de la Antígona griega al triunfador de la guerra civil, después de la negativa al servicio militar del emperador romano por los primeros cristianos, con martirio probable como cláusula final, la insumisión más notable se desarrolla en el centro de Europa entre el siglo XII y el XV (cuando los checos empiezan a escribir en checo) y se extienden hasta nuestras tierras las heterodoxias y rebeldías político-sociales con sus lógicas circunstancias y consecuencias positivas o represivas. Nace una forma global de rebelión político-social con referencia herética al Evangelio: esencialmente igualitaria, comunitaria, antipropietaria, con el lógico rechazo a la institución militar y al uso de las armas. Semilla que por tres siglos sobrevive a la helada de los imperios y monarquías absolutas, y que florece con o sin motivaciones religiosas a finales del siglo XVIII y principios del XIX como desobediencia total (deserción-insumisión) al servicio militar en plena expansión totalitaria.

El antimilitarismo actual sitúa sus primeras referencias formales poco antes de 1850 y empieza bajo ese nombre en la tercera parte del siglo XIX. Se difunde, con la Primera Internacional, la letra sin desperdicio del himno de Pottier (1871) en la llamada estrofa "de los generales". Ejemplos de referencias significativas en la memoria anarquista: las conclusiones de un congreso anarquizante en Estados Unidos, en 1848; la primera llamada de mujeres contra la guerra franco-alemana de 1870, las manifestaciones de familiares y rebelión de reclutas y reservistas españoles a punto de salir para la guerra de Marruecos, en la Barcelona de los años 1904, 1905, 1909 y por los años 20; las revueltas de soldados, la resistencia preventiva a la guerra fuera de los campos de batalla, en el primer conflicto mundial (1914-18), que puede considerarse como el prelude de la actual insumisión al servicio militar. Esta empieza en Francia con el anarquista Louis Lecoin y sus compañeros pacifistas, y también se manifiesta en Alemania y en la Rusia de los zares. Reaparece en la segunda guerra mundial y contra la "guerra







de Argelia\* (1954-1962) con los insumisos objetores de procedencia principalmente cristiana y anarquista, acudiendo unos y otros al pensamiento de Gandhi, quien bebió en la fuente clara de Tolstoi, el cual tuvo a su mismo pueblo y al naciente anarquismo europeo como fuente, y lo fue a su vez para el anarquismo ruso nuevo y tradicional.

De la segunda guerra mundial separo el hecho de la guerra de España. Me lo salto por respeto al problema de "los soldados enemigos de la guerra", para decirlo con palabras de Lorca poco antes de su muerte (1935). Creo que lo tienen que pensar ustedes mismos, dentro de este enfoque nuestro y a la luz de este compañero barcelonés de los insumisos aquí presentes que puede quedar preso en cualquier momento y por eso no se ha presentado aquí esta noche. De la guerra antinazi procede la ya aludida insumisión, en Francia y en Argelia, a la guerra social y antiargelina. Pero también el ejemplo, la práctica sistematizada de la tortura, y los cursillos de tortura que los "parados" de la guerra de Argelia trasladaron primero al Congo y segundo a las clases de formación militar latinoamericanas, cuyos primeros instructores no fueron en este plano yanquis ni alemanes, sino profesionales procedentes del ejército francés de Argelia.

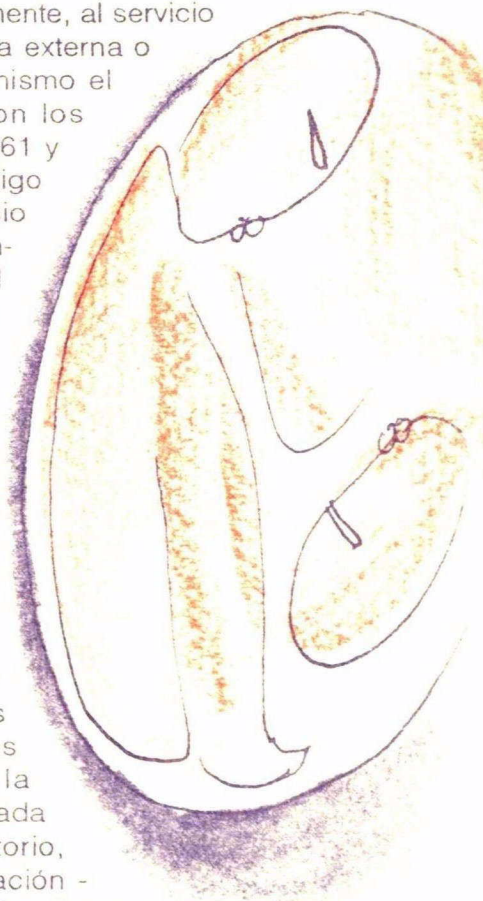
El resorte de la insumisión a la guerra de Argelia es fuerte y sencillo a más no poder. Varios jóvenes franceses, sin meterse en teorías pero después de consultarlo con grupos y personas de sensibilidad análoga, se niegan a participar en una guerra que les parece a todas luces injusta. "No voy." Un amigo mío, a los 20 años de edad, comenta: "Me voy a casar, tengo novia, ¿cómo voy a matar a las novias, mujeres e hijos de los demás?". Esa situación puede explicar el matiz al parecer confusionista de pedir al mismo tiempo, en esa guerra por o contra la independencia de Argelia, la prohibición de la tortura, la liberación de los emigrantes argelinos encerrados en los campos de concentración de Francia (la misma geografía, la misma red que ustedes conocieron al final de la guerra de España), y un servicio civil obligatorio para justificar o

compensar la negativa al servicio militar.

Priva la idea de "servir" y de "servicio" entre los objetores de la Alemania y la Francia sucesivamente vencidas, hasta tal punto que confunden objeción y servicio sustitutorio. Tiene otro sentido y otro temple, en plena guerra o en plena lucha político-social, el afirmar ejerciéndola la libertad de ponerse, voluntariamente, al servicio de la víctima de la injusticia externa o interna, denunciando asimismo el escándalo, como hicieron los insumisos franceses de 1961 y 1962, y nuestro común amigo Pepe Beuzna en el decenio siguiente. Pepe y sus compañeros de la comunidad de l'Hospitalet (Barcelona) subrayan con esa postura el carácter -por primera vez en el estado español- no religioso y político-social, propiamente antimilitarista, de su negativa a la mili. Lo subrayan actuando y cantando, y terminando en la cárcel militar de Figueres.

También aprenden luchando, en Francia, los confusamente llamados objetores a través de la experiencia crítica y criticada del servicio "civil" sustitutorio, pasando de la reivindicación - con desobediencia pública- por una relativa libertad en el cumplimiento de dicho servicio a su rechazo cada vez más abierto, y al ya explícito de toda clase de "servicio nacional". Primero se niegan a sustituir a los bomberos, o los peones o soldados empleados en las construcciones destinadas al ejército; quince días de huelga de hambre colectiva. Segundo, salen ilegalmente del territorio francés para socorrer a las víctimas de un terremoto en Sicilia, y algo más tarde escogen en toda ocasión el trabajo que quieren realizar en plan de servicio sustitutorio. Tercero, por medio de irónicas declaraciones conformistas sin contenido, más algunos ayunos o huelgas de hambre, terminan prescindiendo de la necesidad de justificar su voluntad de negarse al aprendizaje y uso de las armas.

Y cuarto, piensan y declaran que servir de modo positivo al prójimo y a la comunidad humana al que uno pertenece es, dentro de las capacidades e incapacidades personales, la obligación de todos; y que a todas luces tal dedicación y solidaridad no tiene por qué limitarse a una parcela de la vida, ni aparecer como un castigo, ni debe equipararse con la "servitud" sin grandeza del matar, matando por orden del estado; y menos aún completarla, justificarla o compensarla en el espíritu de los demás, juntando la escoba con la







escopeta en una extraña caza programada. De ahí lo que en Francia se suele llamar insumisión total -colectiva o individual pero siempre públicamente declarada, y con un mínimo o máximo de apoyo por parte de los familiares, amigos, simpatizantes y militantes- (¡jojo con el carácter sustitutivo de la última palabra!).

Esta postura se hace menos excepcional y se aclara poco a poco en una parte cada vez más extensa, aunque todavía muy reducida, de la población francesa. Crece la comprensión y se radicaliza el apoyo, y lo que no sólo es apoyo, sino acción distinta y de mismo sentido como la objeción o insumisión fiscal. Ésta dió sus primeros pasos a raíz de la guerra de Argelia, se desarrolló rápidamente del año 66 en adelante con las pruebas nucleares del ejército francés en Polinesia, y culmina en un fuerte apoyo de diez años (1971-1981) a los campesinos del Larzac, que no quieren que se les quite su instrumento de trabajo y base de vida, la tierra, para ensanchar un campo militar. Revive con la guerra del Golfo.

Pero sigue frenando o borrando la insumisión colectiva -tirando a reformismo sindical, lo mismo que los efímeros comités de soldados franceses- el aspecto reivindicativo de la permanente y natural insatisfacción en los sometidos o sumisos al servicio sustitutorio. Estos, mientras tanto, no dejan de progresar en su propio camino, con el apoyo involuntario de las luchas insumisas, y descubren a través de la vida asociativa concreta el funcionamiento de su propia sociedad, y además, las realidades y necesidades marginadas: lo antinuclear, la medicina o farmacia heterodoxa, los tanteos pedagógicos; ídem, el apoyo a los pueblos y grupos "autóctonos" o minorizados..., lo que algunas veces les trae una visión y experiencia crítica más amplia y más radical, desembocando en una solidaridad más o menos intensa con los insumisos, o en una ruptura con el mismo servicio sustitutorio; es decir, en la propia insumisión actual. El deslinde entre lucha y lucha no siempre es tan fácil como lo pintan las declaraciones teóricas de nuestras distintas categorías de "no militares" de edad militar.

Empieza el movimiento de insumisión a fortalecerse, intenta organizarse, se vuelve más solidario y se lo ve más arraigado, no ya en militancias de modelo partidista sino en grupos más naturales de acción solidaria y convivencia, como, cerca de Toulouse, el COT d'Albi (Comité de Ojetores del Tarn). Se hacen más reales las relaciones con otros grupos y países. Y nos visitan los del CAMPI de Barcelona con su genial "ni fusil ni escoba" que nos saca de las nieblas pseudocartesianas. Viene a nuestro encuentro el muchacho de la plaza china de Tienanmen (1989), con las manos desnudas, andando hacia un tanque como hicieron en 1968 los checoslovacos fraternizando con los soldados rusos.

También nos llegan o visitamos nosotros y nosotras en plan de solidaridad, las mujeres antimilitaristas o "antiguerra": las mujeres de negro

palestinas y judías, italianas, serbias y croatas..., albigenses, las inglesas del campo de aviación militar de Greenham Common con otra lucha de 10 años, las madres argentinas de la Plaza de Mayo enfrentadas con los "milicos" desde hace 17 años -estas mujeres ya ancianas-, sin armas ni formación, ni dinero, rechazando los compromisos solapados porque ya se encuentran fuera de aquel engranaje y las liberó su propia desarmada condición de madres de desaparecidos, de víctimas inconformes que todavía gritan porque pueden gritar y quieren hacer otra cosa, crear otra vida y la hacen, como dijo ayer Isabel Escudero hablando de otro grupo femenino. Vienen incluso, con el debate "feminismo y pacifismo", - apenas empezado en nuestra tierra, allí en su etapa más candente- las mujeres de Belgrado. Y sigue la lucha y empieza el apoyo que nos explicarán ahora, para mañana, mis tres compañeros que me siguen en la palabra.

